



Las especulaciones metafísicas y la Arquitectura

JULIO GARRIDO SERRANO. Arquitecto.

Parece como si la Arquitectura, hasta antes de ayer, se haya preocupado solamente de envolver al individuo en un entorno de protección y quizás también de propia estimaación.

Parece también esto una parte pequeña de la experiencia humana, sobre todo después que Evarist Gallois diera paso a un concepto más trascendente del pensamiento que, en la física, culmina con los cuantos y la relatividad.

En la mutación que se presente parece que el hombre va a desarrollar un tipo de inteligencia analógica que le permitirá conocer a un tiempo todos los aspectos de la realidad, o, dicho de otro modo, que lo identifique totalmente con esa misma realidad que hoy conoce imperfecta y progresivamente con su lógica dual y también un tanto simple.

Este sentido mágico del conocimiento siempre ha sido muy precioso al hombre hasta la llegada del Siglo de las Luces, y es curioso que este siglo nos haya legado un universo cartesiano gravitatorio y aséptico, en contra del ingravido, caótico y fulmineo que hoy estamos volviendo a comprender.

Y es curioso también que por el peso tan enorme dado a la gravedad por Newton, el legado del cartesianismo a la Arquitectura haya sido un simple universo de

dimensiones lineales, siendo que la dimensión más trágica del hombre, aquella con la que siempre se encuentra en conflicto, es su peso.

Desde el segundo manifiesto surrealista de Bretón, el Arte quiere encontrar el secreto del más allá del infinito, como antes lo querían los alquimistas.

Estos días leía una crítica que descubría analogías entre las últimas locuras de la Matemática y las del Arte de hoy y de mañana, como antes lo hiciera Spengler para la Matemática y el Arte de ayer.

No se por qué la Arquitectura tenga que estar impasible ante estas experiencias.

La paradoja metafísica de Le Corbusier, queriendo colocar a los neoyorquinos dentro de un cubo ordenado y perfecto, tiene correlación con el Aleph de Borges y el Transfinito de Cantor, pero está aún bastante corta.

Conocemos que la Arquitectura, tal cual Arte, debe ser analógica con las especulaciones metafísicas de su tiempo y que por razones de oficio construye con una materia que, desde el punto de vista mágico, es mucho más molesta que la del pintor o del músico.

Después de las paradojas de Barach sabemos que se puede, utilizando superficies sin planos tangentes, cortar la materia de

tal modo que, reuniendo otra vez las partes, construyamos universos con todas y sin ninguna dimensión. Es decir, se intuye poder construir espacios finitos dentro de uno infinito y que lo contengan.

Estos espacios finitos serían el Punto Gamma de Chardin y, utilizando su propia terminología, el Centro de la Luz o puntos donde se encuentra concentrada toda la realidad posible y también, como parte de ella, toda la información que hoy sabemos no es lineal.

Y no nos es lícito pensar que el hombre, tal cual es o como se presente va a ser, no aprenda a sentirse cómodo en estos espacios, que ya no son cartesianos, siendo que de siempre y, como digo, hasta el paréntesis del siglo XVIII ha tenido un sentido mágico de su existencia.

Pero todo ello será posible, o al menos es así como se nos aparece hoy en día, aprendiendo una estereotomía de la materia que llegue no a la antimateria, que es un concepto de pura comodidad, sino a la inmateria, allí donde nos desaparece ese lastre tan aplastante de la gravedad y aparece, en cambio, el transfinito.

Todo esto, y aún más, creo se oculta detrás de esa palabra tan manoseada y, por una ironía del destino, tan conceptual y barroca de PREFABRICACION, en sus conexiones con la moderna Arquitectura.